

—¡Ah, sí, Calínez! Dispensa el olvido. ¡Caramba! era lo primero que traía en la memoria y se me fué el santo al cielo. Sí, ví á D. Manuel. Por cierto que no es tanto como dicen sus amigos.

—¿Tanto qué?

—Que no es tan adusto, ni tan... ¡vamos! tan imponente; ¡Cá, nada de eso! Es finísimo y amabilísimo y complacientísimo. No sabes Calínez, que agradable rato pasamos charlando de política. ¡Qué hábil és! Entiende de eso, casi, casi, como tú.

—¡Demonio!

—Lo que te digo. Habla bajo, muy bajo.

—¿Porqué? ¿Qué ocurre?

—No, si digo que D. Manuel habla bajo.

—¡Vamos, yá! que habla bajo él; así, con voz opaca.

—Sí, eso. ¡Pero que cosas dice, tan originales!

—¡Mucho, mucho!

—Tuvo frases felices y ocurrencias ingeniosísimas

—¿De muy buena ley?

—De muy buena. Hablamos de las actas; ví algunas. Calínez ¡Qué bonitas, qué hermosas! .. ¡un primor!

—¿De muy buena ley también?

—Naturalmente! No figuraba tu nombre en ellas; pero yá me esplicó, que las tuyas estaban aparte.

—Aparta, Tobálo, la puntería ¿y qué más?

—Pues nada. Agradecidísimo á tu bondadoso ofrecimiento, sobre todo al del automóvil; se conoce que le gustan los automóviles; me preguntó qué donde lo tenías; yo le conté que lo habías mandado al *garage*.

—¿Cáspita! ¿á quier?

—Al automóvil.

—¡Ah, !

—Y entonces abrazándome efusivamente, me expresó sus grandes simpatías hácia tí, la admiración que siente por tu persona; que te diera la enhorabuena de su parte y agregó que cuando salos á la calle y él se entera, manda que te busquen para verte.

—¡Carambá y yo sin saberlo! Es verdad, que aun no hemos llegado á hablar.

—Eso dice, que sólo te vé en efígie; pero que le haces gracia, mucha gracia

—¡Haberselas dado, hombre!

—Ya se las di expresivísimas.

—Tobálo, por Dios, como estás de fraseo!

—Con tu permiso Calínez Voy á conferenciar con mi colega D. Andrés López, secretario de D. Ramón, á ver qué sabe de Serrano, no sea que también haya renunciado al acta

—Pues mira; de camino pregunta á Braulio, á nuestro amigo Braulio, por si acaso tiene noticias de que Silvela piense renunciar la suya.

—¡Ni lo digas en broma, Calínez! Buena desgracia, sería esa para todos. ¡Dios no lo permita!



BECQUERIANA

Votarán unos cuantos electores
En tu favor con brio singular,
Y, otra vez, por sus puros ideales
Valientes lucharán.

Pero aquellos que tanto se chiflaban
Tu palabra y la mía al escuchar,
Aquellos que nos vieron tan unidos...
Esos... ¡no votarán!

Votarán los amigos que te siguen
Y caudillo te aclaman sin cesar.
Y, otra vez, si se tercia, generosos
Sus votos te darán;

Pero aquellos que están al lado mío,
Cuyas fuerzas logré yo acaparar
Y obtener su cariño y simpatías..
Esos... ¡no votarán!

Votarán del sufragio envanecidos
Los incautos que gozan en votar;
Tu agrupación, en tu tenaz empeño
Tal vez te apoyará;

Pero solas las huestes que acaudillas,
Como Dios no lo quiera remediar,
Como yó no te ayu le... desconsuélate,
¡Nunca te sacarán!

¡PROCLAMADOS!

En el escrutinio
no ha pasado nada,
todo han sido mieles,
mieles de la Alcarria.

Yá se proclamaron
como cosa llana,
al Señor Silvela,
y al Señor Bésada
y al Señor Serrano,
los tres de más gracia,
los de más salero
que tienen sus actas
limpias enal los chorros....
los chorros del agua.

De los otros cinco,
no hay que hablar palabras;
yá son Diputados
los que deseaban
ostentar la honrosa,
la tan suspirada
grata investidura
que á más de ser grata,
dá esplendor y tono
y honores sin tasa.

¡Bravo, caballeros!

